

## FOEDUS AMORIS Y ORGANIZACIÓN ESPACIAL EN TIBULO

ALICIA SCHNIEBS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / UBACYT

ARGOS 92 (1998) pp. 149-161

La importancia del espacio en la poesía de Tibulo resalta a primera vista con solo recordar la importancia asignada al *rus*<sup>1</sup> en su obra, en sí y en oposición a la *urbs* como el espacio propio del vínculo amoroso de la poesía elegíaca. Sin embargo, la oposición *rus-urbs* no es una originalidad de Tibulo sino que constituye un tópico que cobra especial desarrollo en el período augusteo si bien, como todo tópico, encuentra en cada texto y en cada autor significaciones que le son propias. En el caso particular de Tibulo, y a diferencia de lo que ocurre con los otros elegíacos, tanto el espacio cuanto el mecanismo en sí de la oposición son ejes fundamentales de la organización y sentido de su obra.

La elegía tibuliana de tema erótico<sup>2</sup> surge exclusivamente de la situación de *discidium*. En la obra de Ovidio, Propercio y la misma Sulpicia, en cambio, hay textos consagrados a la consumación del amor. Por el contrario, en Tibulo, cualquiera sea el objeto de amor (Delia, Némesis, Marato, incluso Fóloe respecto de este último), la concreción del vínculo nunca coexiste con el presente de la enunciación sino que se ubica sea en el pasado, como recuerdo o nostalgia, sea en el futuro, como deseo. Esta situación de *discidium* está claramente indicada en el texto a partir de la organización espacial: el sujeto que ama no puede acceder al espacio ocupado por su objeto de deseo. La coexistencia sujeto / objeto de deseo nunca se verifica en el presente de la enunciación y esa imposibilidad está enfáticamente marcada en Tibulo tam-

<sup>1</sup> Para los posibles valores del *rus* en Tibulo en relación con la ideología augustea, cf. F. SOLMSEM, "Tibullus as an augustan poet", *Hermes* 1962, pp. 295-325; K. GALINSKY, *Augustan Culture*, Princeton, 1996, pp. 270-279.

<sup>2</sup> Nuestro *corpus* de trabajo no incluye las composiciones I 7, II 2 y II 5, que, en su carácter de poemas de circunstancia responden solo parcialmente a las características de la elegía erótica latina.

bién por medio de un elemento que pertenece a la categoría espacial: el límite entre el espacio del sujeto y el del objeto.

En este sentido, en la elegía erótica tibuliana, el *exclusus amator* no es un tópico más sino la definición por excelencia de su personaje y de la obra misma<sup>3</sup>. El *ego*, en efecto, está siempre literalmente *exclusus* pues siempre está fuera de un espacio cerrado y vedado y su poesía, según él mismo lo explicita, tiene por finalidad acceder a ese espacio deseado superando la exclusión: "ad dominas faciles aditus per carmina quaero" (II 4, 19)<sup>4</sup>. Vemos entonces que el *ego*, su situación y su discurso están definidos a partir del espacio o, más específicamente, a partir de la relación sujeto / espacio, concebida como una oposición entre estar dentro / estar fuera<sup>5</sup>.

En función de lo expresado, este estudio pretende demostrar que esta noción de límite planteada en la relación sujeto / espacio es, en este autor, un eje conceptual que afecta toda la configuración de la categoría espacial y la convierte en un significante tanto en lo que hace al espacio del presente del discurso, que es el espacio de la enunciación, cuanto en lo que hace al espacio del deseo y a los respectivos espacios imaginarios, que aparecen como correlatos de uno y otro.

Lo primero que llama la atención al estudiar cómo se presenta el espacio en la poesía erótica de Tibulo, es la ausencia casi completa de menciones referenciales. A diferencia de lo que sucede con los otros elegíacos<sup>6</sup> no hay alusiones geográficas<sup>7</sup> que permitan identificar lugares concretos para las acciones del *ego* –pasadas, presentes o futuras– que este texto menciona<sup>8</sup>. La ausencia de referencias externas está acompa-

<sup>3</sup> Para algunos aspectos de este tema, cf. A. SCHNEBS, "Paraclausithyron y exclusus amator en la Elegía I 2 de Tibulo", *Homenaje a Aida Barbagelata*, Buenos Aires, 1995, Tomo I, pp. 329-341.

<sup>4</sup> Las citas del *Corpus Tibullianum* están tomadas de la edición de LENZ-GALINSKY, Leyden, 1971.

<sup>5</sup> Cabe comentar que aun en *Ligdamo*, cuyos escasos poemas remiten en general a una situación de *discidium*, no hay ninguna referencia a la organización espacial ni a la idea de límite. En Ovidio, el tratamiento del tópico del *exclusus amator* es por completo diferente pues hay poemas en los que expresamente se menciona la superación de la exclusión en el presente del discurso (*Am.* II 1; III 10) y otros en los que aparece como una circunstancia favorable (*Am.* II 19, III 4).

<sup>6</sup> Cf. *Ov. Am.* II 2, 4; 16, 1-10; III 2; *CTib.* III 5, 1; 14; 15; Prop. I 8; 11; 22; II 16; 32; etc.

<sup>7</sup> La única excepción es la referencia a Corcyra en la I 3 pero, según se estudiará luego, la particular presentación que se hace de esta isla la elimina como dato puntual.

<sup>8</sup> Es particularmente notable la ausencia de referencias a la Roma contemporánea o a

ñada, además, de la falta de descripción de los espacios. El efecto resultante es un mundo cerrado en sí mismo<sup>9</sup>, en el cual no hay en verdad lugares sino maneras de concebir el espacio a partir de la experiencia básica del sujeto: la exclusión. De este modo, el ser del espacio y el ser del ego se implican y determinan recíprocamente y construyen dos y solo dos clases de espacios posibles: el espacio de la exclusión (el de la enunciación) y el espacio de la inclusión (el del deseo). Así pues, visto que este discurso reconoce la existencia del límite como su matriz productora, toda la concepción del espacio se basa en la polaridad adentro / afuera. Para llevar a cabo este estudio deberemos, en primer lugar, verificar la existencia de esta polaridad y analizar sus modalidades dentro de las dos clases de espacio señaladas (exclusión e inclusión). En segundo lugar, será preciso estudiar qué relación tiene el sujeto con esa polaridad dentro de cada uno de los dos espacios indicados, para lo cual tomaremos en cuenta las polaridades secundarias entrar / salir, abrir / cerrar, permanecer / circular. Consideraremos finalmente la relación del ego con esas acciones sobre la base de las polaridades activo / pasivo, voluntario / obligatorio.

### EL ESPACIO DE LA EXCLUSIÓN

El espacio de la exclusión está caracterizado por la presencia de un límite preciso, la puerta, que marca claramente la separación entre el adentro y el afuera. Desde la primera elegía del libro I, en la que el ego se presenta a sí mismo como *exclusus* ("et sedeo duras ianitor ante fores", I 1, 56) hasta la última del libro II ("excutiunt clausae fortia verba fores", II 6, 12), todos los poemas de la serie amorosa hacen mención de la puerta con una variedad de términos que asombra en un autor que se caracteriza por su tendencia a la reiteración lexical<sup>10</sup>. Este objeto está

sus lugares, sobre todo en un período en el que la política iconográfica augustea ha convertido la ciudad en un espectáculo omnipresente (Cf. P. ZANKER, *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid, 1992). En este sentido, sería interesante indagar los motivos de esta ausencia, que contrasta de manera notable con lo que leemos en los otros dos elegíacos (Cf. C. EDWARDS, *Writing Rome. Textual approaches to the city*, Cambridge, 1996).

<sup>9</sup> Al respecto, remitimos a la interesante tesis de D. BRIGHT, *Haec mihi fugebam. Tibullus in his world*, Leyden, 1978, quien postula la construcción de un automito.

<sup>10</sup> Cf. J. VEREMANS, "L'anaphore dans l'oeuvre de Tibulle", *LAC* 1981, pp. 774-800.

referido por un conjunto de sustantivos, integrado por *fores*<sup>11</sup>, *ianua*<sup>12</sup>, *limen*<sup>13</sup>, *postis*<sup>14</sup>, *clavis*<sup>15</sup>, *sera*<sup>16</sup>, *cardo*<sup>17</sup>, y una serie de verbos, que se inscriben en la polaridad abrir / cerrar, como *aperio*<sup>18</sup>, *pateo*<sup>19</sup>, *patesco*<sup>20</sup>, *claudio*<sup>21</sup>, *resero*<sup>22</sup>.

Como lugar, el adentro está representado por la casa habitada por el objeto de deseo. Si bien no hay descripción de ella, se observa en Tibulo como constante la mención de un objeto, el lecho, que por sí mismo y por medio de las acciones vinculadas con él (yacer, dormir) indica metonímicamente la experiencia del sujeto en ese espacio. Véase entonces cómo las predicaciones que rodean este grupo de palabras señalan lo extraño, lo ajeno, lo otro:

... molli furtim derepere lecto (l 2, 18)<sup>23</sup>

... Tyrio recubare toro (l 2, 75)<sup>24</sup>

et fugit ex ipso saeva puella toro (l 8, 62)

En el presente de la enunciación y respecto del *ego*, este adentro se presenta así para el *ego* como el espacio de la no pertenencia en un sentido amplio: el *ego* no pertenece a este espacio y este espacio no le pertenece. Esta idea aparece reforzada porque toda mención del posible ingreso está calificada como una intrusión. Así tenemos términos como

<sup>11</sup> l 1, 56; 2, 18, 95; 5, 74; 6, 12; 8, 60; II 6, 12.

<sup>12</sup> l 2, 6, 9; 5, 68; 8, 76; II 4, 31.

<sup>13</sup> l 2, 17; 5, 71; II 4, 32; 6, 13, 47.

<sup>14</sup> l 1, 73; 2, 14, 18.

<sup>15</sup> l 6, 34; II 4, 31.

<sup>16</sup> l 2, 6.

<sup>17</sup> l 2, 10; 6, 12.

<sup>18</sup> l 2, 10; 9, 58.

<sup>19</sup> l 2, 9; 9, 58.

<sup>20</sup> l 5, 67.

<sup>21</sup> II 3, 7; 4, 22.

<sup>22</sup> l 2, 18, 33; 8, 60.

<sup>23</sup> Aquí, además del explícito *furtim*, también el verbo *derepere* apunta a esta idea porque en Tibulo los compuestos de *reperere* siempre señalan asecho e intrusión (l 1, 71; 8, 59).

<sup>24</sup> Este gentilicio siempre está asociado en Tibulo a lo ajeno, a lo que es propio del rival y connota negación de la satisfacción del deseo (l 9, 70; II 4, 28).

*furtim*<sup>25</sup>, *furtivus*<sup>26</sup>, *furtum*<sup>27</sup>, *clam*<sup>28</sup>, *tacitus*<sup>29</sup>, *taciturnus*<sup>30</sup>, *abdere*<sup>31</sup>, *celare*<sup>32</sup>, etc.

El adentro no es tampoco un espacio de permanencia sino de constante circulación y, además, es un espacio donde se privilegia el no estar ya que los que quieren estar no pueden, como es el caso del *ego*, los que pueden estar no quieren, como el rival en la elegía I 2, los que están dicen no estar, como la *puella* en la II 6.

El entrar / salir, esto es, el atravesar el límite, es siempre para el *ego* una situación conflictiva. El ingreso requiere de una ayuda sobrenatural (Venus, la saga) que no siempre se verifica y además depende por completo de la voluntad de otros. En este sentido el permanecer en el afuera es siempre para el *ego* un hecho obligatorio y pasivo, tal como lo marca el "sedeo... ianitor" de la elegía programática (I 1, 56), que indica a la vez su actitud inactiva y servil. A su vez, puesto que el adentro es el lugar deseado, el egreso tampoco es un acto voluntario sino obligatorio como muy bien se observa en el pasaje consagrado al episodio del traspaso del umbral en la elegía I 3 (15-22). En este espacio de la exclusión, por lo tanto, el cruce del límite no es una opción para el sujeto ya que no depende de su voluntad. Más aun, en el presente de la enunciación, las acciones de la polaridad abrir / cerrar le están vedadas en el más amplio sentido porque no solo no puede realizarlas para sí sino no puede impedir que otros ingresen ni lograr que otros salgan.

Dentro de este espacio de la exclusión, también el afuera es el espacio de lo otro, de lo ajeno y de lo hostil. Allí asechan los delatores (I 2, 35-42), los enemigos y con ellos el temor (I 2, 24, 30; 6, 59), el desasosiego (I 2, 25), las emboscadas (I 2, 28), las heridas (*ib.*). Allí reina lo extranjero (II 3, 53ss.), la oscuridad (I 2, 24-25; 6, 59, 61; 9, 42), el frío (I 2, 29), la lluvia (I 2, 7, 30). El sujeto y el objeto de deseo nunca coexisten en él<sup>33</sup> y no es tampoco el espacio de la permanencia sino de la circulación (I 2, 25) y, sobre todo, de la salida.

<sup>25</sup> I 2, 10, 19; 5, 65; 6, 5; 8, 35; II 6, 45.

<sup>26</sup> I 5, 7, 75; 8, 57; 9, 57.

<sup>27</sup> I 2, 36; 5, 69.

<sup>28</sup> I 6, 60; 8, 60.

<sup>29</sup> I 6, 6, 12.

<sup>30</sup> I 2, 34; 6, 60.

<sup>31</sup> I 2, 22.

<sup>32</sup> I 2, 36.

<sup>33</sup> Es interesante destacar que en Ovidio sí se verifica esa coexistencia en el espacio exterior tal como lo muestran *Am.* I 8; II 14, 7; III 8.

El afuera es de naturaleza expulsora y esto se tematiza a través de un proceso de multiplicación de las instancias de exteriorización. En efecto, en sentido estricto en este espacio de la exclusión no hay un solo afuera sino dos: el recién descrito, que podríamos denominar *extra domum*, y otro, que podríamos llamar *extra urbem*, que a la vez repite y acentúa las características de aquél (alteridad, hostilidad, circulación). Así, al igual que lo observado para el *extra domum*, en este espacio *extra urbem* asechan los enemigos (I 1, 3) y con ellos el temor (I 1, 13), el desasosiego (I 3, 16), las heridas (I 1, 76; 3, 49) y la muerte<sup>34</sup>. Es también, desde luego, el lugar del tránsito, idea que en Tibulo aparece siempre marcada metonímicamente por los sustantivos *via*<sup>35</sup>, *terra*<sup>36</sup> y *mare* y sus sinónimos<sup>37</sup>. Es sugerente, asimismo, que el lugar que elija este *ego* para describir extensamente su experiencia en el afuera *extra urbem* sea una isla, esto es, el caso extremo del límite infranqueable. La crítica<sup>38</sup> ha llamado la atención respecto de la particularidad tibuliana de que Corcyra, base militar romana importante en la ruta de oriente y bastante próxima a Italia, sea predicada como "ignotis terris" (I 3, 3) por el poeta y designada con el nombre de "Pheacia" (ib.), que de inmediato hace pensar en el interminable vagar de Odiseo. Son estas claras marcas del tratamiento no referencial y subjetivo del espacio que, en tanto experiencia del sujeto, está visto como un espacio ajeno y hostil. Es interesante observar que el verso "me tenet ignotis aegrum Pheacia terris" (I 3, 3), que señala la experiencia pasiva y obligatoria de la exclusión *extra urbem*, evoca, a través de la primera posición del pronombre y el empleo de un verbo de la misma base, el "me retinent vinctum formosae vincula puellae" (I 1, 56) que señala la misma pasividad y obligatoriedad en la experiencia de la exclusión *extra domum*. Todo este espacio de la exclusión sufre así una suerte de gradación determinada por la intensificación del límite y, con ella, la imposibilidad de traspasarlo.

Ahora bien, a este espacio 'real' le corresponde un espacio mítico, el Tártaro, que está construido exactamente con los mismos parámetros<sup>39</sup>. Se trata desde luego de un espacio ("scelerata sedes", I 3, 67). Al

<sup>34</sup> Creemos que no es casual que la muerte esté descrita con una imagen que en Tibulo remite al *exclusus amator*: "...tacito clam venit illa pede" (I 10, 34).

<sup>35</sup> I 1, 26, 51; 3, 14, 50; II 6, 3.

<sup>36</sup> I 1, 53; 3, 56; II 6, 3.

<sup>37</sup> I 1, 50, 53; 3, 50, 56; II 6, 4.

<sup>38</sup> Cf. D. BRIGHT, *op.cit.*, cap. II; R. J. BALL, *Tibullus the elegist*. Göttingen, 1983.

<sup>39</sup> Cf. el análisis de R. WHITAKER, *Myth and personal experience in Roman love-elegy*, Göttingen, 1983, quien señala que para Tibulo "myth and personal experience are here reciprocally adapted so as to see each other off exactly" (p. 90).

igual que el espacio 'real' tiene dos límites: uno interno y otro externo. El límite interno es también aquí la puerta y su *custos* señalada con un vocabulario tomado del *exclusus amator*: "... in porta (...) Cerberus (... / ...) excubat ante fores" (I 3, 71-72). El límite externo es, otra vez, el agua: "quam circum flumina nigra sonant" (I 3, 68); "Stygiae navita turpis aquae" (I 10, 36). A semejanza del espacio 'real' es hostil<sup>40</sup>, oscuro<sup>41</sup> y sus habitantes están signados por un movimiento y tránsito perpetuos que no conducen a ninguna parte<sup>42</sup>.

De todo lo analizado podemos concluir que este espacio de la exclusión, en sus dos vertientes 'real' y mítica, se caracteriza por:

- ☛ la existencia de la polaridad adentro / afuera con un límite muy marcado que determina un espacio discontinuo y fracturado.
- ☛ la no permanencia y la constante circulación, que no conduce a ningún lado excepto a la muerte.
- ☛ la imposibilidad de realizar las operaciones de la polaridad abrir / cerrar.
- ☛ una actitud pasiva y obligatoria del sujeto respecto de las acciones de la polaridad entrar / salir.

Es importante señalar que esta discontinuidad del espacio va acompañada de una experiencia del tiempo determinada también por la presencia del límite<sup>43</sup>. Es en este espacio de la exclusión donde el *ego* manifiesta desesperación no solo por la muerte como límite extremo sino sobre todo por la vejez como límite interno del tiempo del sujeto (I 1; 2; 8; 9). Cabe mencionar por último que el lugar donde esta clase de espacio se encarna es preferentemente la *urbs*, si bien esto no es excluyente pues cuando Némesis se va al campo (II 3), este lugar se vuelve espacio de la exclusión y se comporta del modo observado.

<sup>40</sup> feros (I 3, 69) ; saevit (I 3, 70).

<sup>41</sup> nocte profunda (I 3, 67), flumina nigra (I 3, 67), niger Cerberus (I 3, 71).

<sup>42</sup> I 3, 70 ss ; 10, 38.

<sup>43</sup> Cf. A. DELIBES, "Les élégies tibuliennes: une poésie de la limite", *IL* (1990), pp. 10-15. Para el tratamiento del tiempo en general en Tibulo, cf. H. MUSURILLO, "Time as a poetic device in the Poems of Tibullus", *TAPhA* 1967.

### EL ESPACIO DE LA INCLUSIÓN

Puesto que para este texto la situación 'real' del *ego* poético es la exclusión, el espacio de la inclusión es el espacio del deseo, lo cual se comprueba por la presencia de formas verbales que, como es el caso del futuro y los modos subjuntivo e imperativo, tienen en común un sema de 'no realización' en el presente de la enunciación. Las características de este espacio invierten punto por punto lo señalado para el espacio anterior.

Este espacio consta de un adentro y un afuera pero, a diferencia de lo observado para el espacio de la exclusión, no hay mención alguna del límite y, por lo tanto, ningún verbo que indique las acciones propias de la polaridad abrir / cerrar, elementos estos que insistentemente se repiten en el caso anterior. El lugar que representa el adentro también aquí es la casa, de la cual no hay descripciones, pero podemos conocer la experiencia del sujeto en ella a través del mismo juego metonímico realizado a partir del lecho y de las acciones asociadas a él. Las predicaciones atribuidas a este objeto connotan aquí pertenencia, permanencia y seguridad:

...noto requiescere lecto (I 1, 43)

...solito membra levare toro (I 1, 44)<sup>44</sup>

...cubantem / et dominam tenero continuisse sinu (I 1, 45-46)

...securum somnis ... sequi (I 1, 48)

Esta permanencia está claramente expresada en la elegía I 2 cuando dice "at iuuet in tota me nihil esse domo" (30) pero además y como consecuencia de la irrelevancia del límite, en este espacio de la exclusión, estas acciones también pueden realizarse en el afuera: "...mollis et inculta sit mihi somnus humo" (I 2, 74). La irrelevancia del límite también está indicada por el hecho de que el sujeto y el objeto de deseo pueden indistintamente intercambiar sus lugares y aparecer sea el sujeto sólo dentro de la casa mientras el objeto está afuera (I 2), sea ambos adentro (I 1), sea el sujeto solo afuera de la casa, pero en situación de placer (*ib.*). La permanencia y pertenencia del sujeto hacen que este adentro no sea expulsor sino contenedor y protector precisamente de los mismos males que al estar *exclusus* soportaba en el afuera del espacio de la exclusión: frío, lluvia, viajes, muerte (I 1, 45-52).

<sup>44</sup> En Propertio (I 3; 8b; II 15) la coexistencia del sujeto y objeto de deseo en el lecho corresponde al orden de lo 'real'.

En este espacio, el afuera no es unívocamente hostil sino también y más frecuentemente agradable. Se trata de un lugar para estar y permanecer en toda su extensión y variación. Es sugerente el hecho de que, mientras el afuera de la exclusión, a la vez que marca muy fuertemente sus límites, es un espacio sin lugares, este afuera no marca sus límites y es un espacio de lugares, los cuales no están presentados como pasaje sino como *locus ubi*. Así vemos a un *ego* que está y se detiene "in agris" (I 1,11), "in trivio" (I 1,12), "in hortis" (I 1,17), "sub umbra / arboris ad rivos praetereunt aquae" (I 1, 27-28), "in solito... monte" (I 2,72). Al no ser un espacio signado por la infranqueabilidad del límite y la compulsión al tránsito, al no ser un espacio expulsor, no se prolonga más allá de sí mismo. No hay aquí un afuera *extra rus*.

De todo lo expuesto puede concluirse que las características de este espacio de la inclusión son las siguientes:

- ☞ la existencia de la polaridad adentro / afuera sin mención alguna del límite, es por lo tanto un espacio discontinuo pero integrado.
- ☞ la permanencia.
- ☞ una relación activa y voluntaria del sujeto respecto de las acciones entrar / salir.

A su vez, la irrelevancia del límite y la experiencia de un espacio discontinuo pero integrado se refleja también aquí en la experiencia del tiempo. En efecto no hay mención de la muerte como límite extremo y la vejez aparece formando parte de la vivencia de la inclusión no solo como algo que no se lamenta sino como algo que se desea<sup>45</sup>. Más aun, la relación de pertenencia está concebida como algo permanente que trasciende el límite de la vida humana<sup>46</sup>. El lugar en que este espacio se encarna es fundamentalmente el *rus*<sup>47</sup>, si bien hay un caso en que podría situarse en la *urbs* y es entonces sugerente la identificación de los rasgos propios del espacio de la inclusión: no hay mención del límite ni del acto

<sup>45</sup> I 10, 45-46.

<sup>46</sup> I 1, 41-42; 10, 15-18.

<sup>47</sup> Con respecto al *rus*, es importante el análisis que hace J. GAISSER, "Amor, rura and militia in three elegies of Tibullus: I 1, I 5 and I 10", *Latomus* 1983, pp. 58-72. Esta autora observa que, en sentido estricto, el *rus* de tipo geórgico o catoniano y el amor elegíaco son incompatibles en el poemario tibuliano por cuanto representan sistemas de valores diferentes cuando no opuestos.

de ingresar pues el sujeto aparece dentro de manera casi sobrenatural<sup>48</sup>.

Este espacio de la inclusión presupone e implica la existencia del otro y, en este sentido, ese otro espacio, el de la exclusión funciona como su afuera. En dos ocasiones, y con los mismos términos, el texto señala esta relación de reciprocidad. En la elegía I 1, al imaginarse a sí mismo en el *rus*, rechaza el espacio de la exclusión con la siguiente expresión:

hoc mihi contigat: sit dives iure, furorem  
qui maris tristes ferre potest pluvias (49-50)

En el tercer poema del mismo libro, el *ego*, que está en el espacio de la exclusión, expresa de manera semejante su deseo de estar en el otro:

at mihi contigat patrios celebrare Penates  
reddereque antiquo menstrua tura Lari (33-34)

Esto indica con total claridad que, para este sujeto, los dos espacios se implican pero, y esto será importante en el momento de analizar toda la categoría, también queda claro que, en rigor de verdad, el ingreso al espacio de la inclusión no pertenece a la realidad del sujeto y no es para él una opción.

Ahora bien, tal como se observó para el espacio de la exclusión, también este espacio tiene su correlato mítico, el cual aparece en este caso multiplicado. El primero es los Campos Elíseos de la elegía I 3:

hic choreae cantusque vident passimque vagantes  
dulce sonant tenui guttore carmen aves:  
fert casiam non culta seges totosque per agros  
florete odoratis terra benigna rosis,  
ac iuvenum series teneris immixta puellis  
ludit et adsidue proelia miscet Amor (59-64)

El *sema* predominante en toda esta presentación es la plenitud, la totalidad y, con ello, la falta de límites. Véanse, al respecto, términos como *passim*<sup>49</sup>, y *series*, que da idea de encadenamiento, de un *continuum* re-

<sup>48</sup> "Tum veniam subito, nec quisquam nuntiet ante, / sed videar caelo missus adesse tibi" (I 3, 89-90).

<sup>49</sup> Este término aparece solo otra vez en Tibulo para predicar de la *aurea aetas* (II 3, 69).

forzado por el "immixta" y el "miscet" del verso siguiente. Todo apunta a caracterizar este espacio como un espacio sin límites no solo físicos sino también sexuales y temporales ya que parece el lugar de la eterna juventud. Se comprueba aquí, entonces, esta suerte de equivalencia entre el espacio de la vida y el espacio de la muerte que observamos para la exclusión. Asimismo se verifica la existencia de una cierta gradación que surca la categoría espacial pues si, en este espacio de la inclusión, el espacio de la vida se caracteriza por la irrelevancia del límite y la determinación de un espacio discontinuo pero integrado, el espacio de la muerte que le corresponde carece por completo de barreras.

La segunda presentación mítica de la inclusión aparece dentro de la *aurea aetas*. Se trata en rigor de verdad de un tiempo y corrio tal está introducido las tres veces que aparece: "nondum" (I 3, 37), "tunc" (I 10, 11; II 3, 71). Sin embargo, la valoración de este tiempo como edad ideal proviene de que presupone una relación ideal sujeto-espacio y, de hecho, se lo describe fundamentalmente con términos que corresponden a esta categoría. Es obviamente un espacio sin límites donde las acciones se realizan "passim" (II 3, 69) y "aperte" (II 3, 71). No tiene límites internos:

non domus ulla fores habuit non fixus in agris  
qui regeret certis finibus arva lapis (I 3, 43-44)

nullus erat custos, nulla exclusura dolentes  
ianua ... (II 3, 73-74)

ni tampoco límites externos:

non arces non vallus erat somnosque petebat  
securus varias dux gregis inter oves (I 10, 9-10)

y tampoco existe allí un afuera exterior a ese espacio:

nondum caeruleas pinus contempserat undas  
effusum ventis praebuerat sinum  
nec vagus ignotis repetens compendia terris  
praeserat externa navita merce ratem (I 3, 37-40)

Las expresiones "externa", "ignotis terris" y "navita", que habíamos encontrado como caracterizadoras del espacio de la exclusión, muestran

con toda claridad que este espacio está construido como la contracara de aquél<sup>90</sup>.

Este espacio mítico ideal se presenta entonces como una suerte de *continuum* indiferenciado no solo hacia adentro sino también hacia afuera, en el cual todo es permanecer pues no hay circulación alguna. Este espacio único es, en consecuencia, perfecto no solo porque carece por completo de límite interior sino, sobre todo, porque elimina la amenaza del límite exterior y hace posible una constante permanencia en el espacio del deseo. Este espacio anula la existencia misma de la distinción espacial adentro / afuera que corresponde al presente del sujeto, anula la posibilidad de la experiencia de la exclusión.

De todo lo analizado es posible concluir que los polos de la oposición espacial inclusión / exclusión presentan una construcción paralela. Ambos incluyen, en efecto, un espacio de la vida (*rus* / *urbs*), un espacio de la muerte (Campos Elíseos / Tártaro) y un espacio-tiempo del pasado remoto (Saturno / Júpiter). Estos elementos permiten diseñar una suerte de fórmula:

*rus* : *urbs* :: Campos Elíseos : Tártaro :: *aurea aetas* : reinado de Júpiter

Si bien esta relación no aparece en los otros elegíacos, no por ello es original ni exclusiva de Tibulo sino que responde a un tópico que encontramos sobre todo en Virgilio. Sin embargo, sí es propio de Tibulo el tratamiento y la función que este tópico recibe en su obra pues responde a su principio compositivo. En efecto toda la estructuración interna de la fórmula responde a la polaridad básica de este discurso y de su *ego* –inclusión / exclusión– respecto de la cual el *rus*, en tanto espacio de la inclusión es el equivalente imperfecto de la experiencia espacial originaria de la *aurea aetas* y la *urbs*, en tanto espacio de la exclusión, es su contracara absoluta. El hecho mismo de que Tibulo tome una fórmula ya consagrada y la redefina en términos de experiencia espacial es un elemento más para afirmar el valor estructurante de esta categoría en el plano de la representación simbólica y el universo conceptual.

Consideramos pues que, en la elegía tibuliana de asunto erótico, que se presenta a sí misma como un discurso poético que tiene por fin único atravesar el límite e ingresar al espacio ocupado por el objeto de deseo, la organización de la categoría espacial es un elemento signifi-

<sup>90</sup> Cf. C. CAMPBELL, "Tibullus: Elegy 13", YCS 1973, pp.147-157.

cante de primer orden que implica tres instancias de tematización: el vínculo, la propia escritura y el referente social.

En lo referente al vínculo cabe observar que el tipo de relación con el objeto de deseo que corresponde al espacio de la inclusión comparte con él los mismos rasgos de continuidad y permanencia que caracterizan ese ámbito lo cual, en términos de relaciones interpersonales implica la observancia de la *fides*. A su vez, el tipo de vínculo que corresponde al espacio de la exclusión, también se adecua a sus características pues se trata de una relación signada por la discontinuidad y la fractura, esto es, por la inexistencia o violación reiterada de la *fides*. Así pues, toda vez que el desplazamiento de un espacio a otro nunca coexiste con el presente de la enunciación y pertenece a la esfera de lo no realizable, este tratamiento de la categoría espacial implica la negación de posibilidad del mismo objetivo que esta escritura persigue y la suspensión del vínculo que le da origen.

Respecto de la escritura, si pensamos con P. Galand-Hallyn<sup>51</sup>, que toda descripción es metáfora de la escritura, cabría preguntarse hasta qué punto el esquema compositivo tibuliano, que tanto ha perturbado a la crítica, y que se caracteriza por la dificultad para establecer nexos lógicos en su esquema argumental, no resulta de una tematización del carácter fracturado y discontinuo del espacio de la exclusión que es condición de existencia de este discurso poético.

Finalmente consideramos que, más allá de la tópica erótica, este texto que se estructura sobre la oposición, cuyo eje central es la noción de límite y cuyo personaje es un sujeto pasivo y privado de la capacidad real de optar, muestra, tras su artificiosa intrascendencia, la inconsistencia del discurso augusteo. No olvidemos que en la elegía II 5, dedicada a Mesalino, ese *rus* ideal y placentero que, a la manera del espacio mítico perfecto no tiene "urbis moenia", se destruye precisamente por la llegada de Eneas.

<sup>51</sup> P. GALAND HALLYN, *Le reflet des fleurs*, Génève, 1994.

